

# FILOSOFAR Y OBEDECER A LA DIVINIDAD COMO FORMAS DE ACCIÓN SOCRÁTICA EN LA APOLOGÍA PLATÓNICA

Estiven Valencia Marín  
Licenciado en Ciencias Religiosas y Filosofía

“Atenienses, os aprecio pero voy a obedecer  
al dios más que a ustedes, y si soy capaz,  
no dejaré de filosofar, de exhortarles  
y amonestar a quien encuentre”

*Sócrates. Apología, 29d.*

Sócrates estimado como uno de los grandes pensadores de la filosofía griega, maestro del insigne Platón y de otros intelectuales como Antistenes, el fundador de la escuela cínica y Aristipo oriundo de Cirene, además del historiador ateniense Jenofonte, acentúa el carácter moral como visión del quehacer filosófico introduciendo la práctica del *ἐπιμέλεια τῆς ψυχῆς* o *cuidado del alma*. Tal práctica demanda el uso de la máxima délfica *γνώθι σεαυτόν* la cual constituye la esencia de la *sabiduría* y la *virtud* en tanto que abstrae al ser humano de su obstinación de los saberes atendiendo gravemente a sus causas y fines como de las mismas faltas humanas. A grandes rasgos, Sócrates se presenta como obediente a las leyes de la *πόλις*, pero evitaba la política a causa de advertir su función como filósofo, persuadiendo a otros seguir el camino de la virtud (1985, 28d-e).

Hijo del cantero ateniense Sofronisco y una partera llamada Fenáreta, fue leal a los fines de su patria sirviendo como *hoplita* y arraigado a las creencias religiosas de su tiempo según lo expresa el historiador griego Diógenes Laercio (2007) en su vasto tratado sobre la Vida y Opiniones de los Filósofos Ilustres: “no tuvo necesidad de hacer viajes como la mayoría de los filósofos, y no viajó a no ser en campañas militares [...] En efecto, hizo la campaña de Anfípolis [...] e hizo también la campaña de Potidea cruzando por mar” (Liber II, n. 22). Sin embargo, Sócrates padeció el recelo de muchos de sus coetáneos a causa de su actividad filosófica ganando así enemistades (1985, 23a), acusado de despreciar a los

dioses de la ciudad y de introducir nuevas deidades, además de enviciar la moral de los jóvenes atenienses (1985, 24c).

Ante tales imputaciones proferidas por el poeta Melito, y apoyado en su denuncia por Anito y el orador Licón, el protagonista de la obra entroniza su defensa ante los *jueces* atenienses. Dicho así, en su obra Apología Socrática, Platón asila las palabras de su maestro que conciernen a su alegato, una emotiva demostración de lo que ha sido su existencia al lado de sus seguidores, y la intención de inquirir respecto al saber de todos los que asediaba en los mercados y plazas públicas de la ciudad, por medio del diálogo. En este sentido, el hecho de filosofar trae consigo la exposición de la *virtud* como elemento determinante en la búsqueda de la *sabiduría*, finalidad que presupone de una liberación de los prejuicios y las falsas creencias cuyo medio es el *diálogo*, diálogo que se torna camino para conocer el Bien según lo deja entrever la escritora española Camps :

El conocimiento moral requiere una búsqueda común, la que propicia el diálogo, pero sobre todo requiere el esfuerzo del conocimiento de sí mismo, el camino para conocer el bien del alma por encima de los bienes materiales. Así se logra la excelencia del ser humano [...] Sócrates está convencido de que la virtud no viene de fuera, sino que la encuentra cada cual en sí mismo [...] A diferencia de los saberes técnicos, se aprende a ser zapatero, a tocar flauta o a ser atleta, pero nunca aprende del todo a ser buena persona. Es un conocimiento que se adquiere por autorreflexión y ésta solo finaliza cuando acaba la propia vida. (2013, 32).

En lo que respecta a la *αρετή* o *virtud* como elemento fundante de la dimensión moral de la persona, considera la disposición a la idea del bien el cual no es somera abstracción teórica, pues en ella también participa la praxis humana la cual procede de una entrañable adhesión personal a la *εἶδος τοῦ ἀγαθοῦ*. De esto se deduce una integralidad existencial que asocia por una parte la acción del juicio y por otra la práctica, categoría que revela un alto grado de conocimiento que aproxima a la sabiduría, y por esta un acercamiento al estado divino. Tal planteamiento es ratificado por el filósofo ítalo-argentino Mondolfo apoyándose en la percepción que el Sócrates platónico poseía del bien como componente taxativo de la virtud al cual le antecede el conocimiento de sí mismo, y bajo este entramado de principios se expresa en definitiva el conocimiento de la verdad (1996, 36-37).

Ahora bien, la comprensión del raciocinio socrático posibilita transitar, en efecto, por los argumentos que el autor en cuestión dispensa en su defensa. Así, ante la asamblea Sócrates incoa su discurso impactado por la dupla de acusaciones, no obstante es consciente de lo vacuas y mendaces que son estas a causa de personas resentidas por su operación filosófica que implicaba exhortar, interpelar y cuestionar a otros según se explicita en la Apología Socrática: “[...] me dirigí a los que parecían ser sabios [...] tras los políticos me encaminé hacia los poetas [...] luego a los artesanos, pero incurrían en el error de considerarse sabios en las demás cosas por el hecho de realizar adecuadamente su arte” (1985, 21b-22d). Del mismo modo el filólogo escocés Burnet en su *Doctrina Socrática del Alma*, enfatiza en la función filosófica de Sócrates:

Algunos piensan que el único afán de la vida de Sócrates fue exhibir la ignorancia de los demás. Pero si realmente hubiera sido así, es difícil creer por qué prefirió enfrentar la muerte antes que abandonar su labor. No hay duda de que él pensó, que la convicción de la ignorancia era el primer paso en el camino de la salvación [...] Sócrates dice a sus jueces de que no desistirá de lo que llama filosofía, aún con la hipótesis de que los jueces lo absuelvan con esta condición [...] El cuidado del alma, era lo que quería inculcar Sócrates en sus conciudadanos [...]” (1990, 23-25).

Respecto al *cuidado del alma*, es meritorio indicar que esta se cimenta en base al principio de reconocimiento de *ἀγνοια* (*ignorancia*), corolario de un continuo conocimiento de sí mismo. Ya se indicada con anterioridad que dicho conocimiento, en tanto que despoja al ser humano de su intransigencia de supuesto saber a expensas de la esencia de las cosas, devela en grado superlativo la sabiduría y la virtud con las cuales el hombre se capacita para ejercer del modo más excelente su función técnica. Tal función comporta un estado de felicidad que entraña la práctica de una especialidad querida, pero es también el aspecto moral que desde la técnica comporta un estado de idoneidad para lo que la persona ejecuta consintiendo el bien para sí mismo y para los demás; pero solo esto es alcanzable por medio del *ἔλεγχος* o arte de la refutación, de la confrontación.

Si bien el preludeo de la virtud está en el principio de reconocimiento de la ignorancia y este se desarrolla partiendo del procedimiento de la *refutación*, entonces la refutación en tanto que obliga a examinar los presuntos saberes es un eslabón causativo de virtud, en otras palabras, *conditio sine qua non* se llega al conocimiento moral. Enunciado así, la objeción dispensa la conciencia de la ignorancia pero no admite un *statu passivo* sino que

exige de una aportación del interlocutor para hacer efectiva la liberación de prejuicios y falsas creencias que imposibilitan el conocimiento certero de las cosas. Bajo estas restricciones se estimula la reflexión sesuda en lo concerniente a la moralidad humana, de la que hace méritos el *método mayéutico* en aras del perfeccionamiento humano que no es más que el conocimiento del bien. Al respecto, el mismo Sócrates sostiene:

[...] me dirigía a hacer el mayor bien para cada uno en particular [...] iba allí intentado convencer a cada uno de vosotros de que no se preocupe de ninguna de sus cosas [negocios, hacienda familiar, mandos militares, discursos en la asamblea, magistraturas, alianzas y luchas de partidos, etc.] antes de preocuparse por ser él mismo lo mejor y lo más sensato posible, y que tampoco se preocupara por los asuntos de la ciudad más que de la ciudad misma (1985, 36c).

En continuidad con su defensa, el filósofo Sócrates apela por demostrar el error de las acusaciones proferidas en su contra: “delinque corrompiendo a los jóvenes y no cree en los dioses creando otras divinidades nuevas” (1985, 24b). El pensador ateniense recurre a interrogar al poeta *Meleto* respecto a su preocupación por los jóvenes, un supuesto que se desprende de la cuestión por quién o quiénes los hacen virtuosos, no obstante ante el conjunto de preguntas que Sócrates realizaba, el acusador en su intento de dar una respuesta convincente declara a los jueces, miembros del consejo y de la asamblea, agentes del obrar virtuosos de la juventud; sin embargo procura extrañeza tal respuesta dado que pareciese que un solo hombre causa tal maldad en Atenas (1985, 24c-25d). Seguidamente el acusado interroga al demandante con la premisa de incitación voluntaria a la maldad.

Ante tal interrogante, *Meleto* fija como contestación un influjo deliberado de maldad por parte de Sócrates para con sus seguidores jóvenes, argumento que fenece pues para el acusado es un hecho de ignorancia el que actuase de tal manera pues conoce las implicaciones negativas que de ello deviene en caso de generar daño a los suyos (1985, 25c-26a). Ahora bien, Sócrates suspende la convalidación del desinterés en lo que refiere a la juventud ateniense por parte de *Meleto*, para dar paso al problema de ἀσέβεια o *impiedad* con el que corrompe a los jóvenes a causa de incitarles a creer en divinidades extrañas a la ciudad - expresamente por la creencia en los δαίμονες - imputación que también carece de fundamento pues según el mismo acusado tales espíritus no son más que “hijos de dioses con ninfas u otras mujeres” (1985, 27d-e), hecho que ratifica su creencia.

De tales criterios, el historiador ateniense Jenofonte - discípulo de Sócrates - en su obra *Apología*, ratifica no solo la noble intención de Sócrates en su actividad dialéctica con los que trataba, sino que también pone en evidencia su práctica cültica que lo hace acreedor de piedad: “[...] los que se encontraban presentes, podían verme cuando hacía sacrificios en las fiestas de la ciudad y en los altares comunales [...] Sé que también testimoniarán haciendo ver que jamás hice daño sino que hice bien a los que conversaban conmigo” (1993, 11-26). A raíz de todos los elementos mencionados, existe una intrínseca relación entre la actividad filosófica y la providencia divina, que el mismo filósofo clásico en cuestión expresa claramente: “[...] voy a interrogar, a examinar y refutar [...] haré esto con el que me encuentre [...] pues esto lo manda el dios” (1985, 30a).

En efecto, Sócrates estima que la divinidad le ha delegado una ocupación, y tal cometido es inquirir la vida virtuosa, auxiliando a otros en el descubrimiento de la misma. Dicha vida virtuosa entendida como disposición constante para las acciones que denotan el seguimiento del bien, comprende necesariamente el examen como expresión del *cuidado del alma* y el diálogo, más la dimensión moral en su comprensión y práctica que significa la *sabiduría* se identifica con lo divino por su generación en el alma, aspecto que el ya citado Mondolfo (1996) atribuye a Sócrates: “el alma, lo que hay de divino en el hombre por lo que hay que tener cuidado para hacerla mejor intelectual y moralmente [...]” (p. 42), pero dicha mejoría anímica está condicionada por la práctica del bien, práctica del bien el cual constituye la virtud en sí misma, la excelencia humana.

Finalmente, el conocimiento del bien que requiere por anticipado de una plena disposición para el examen, la reflexión y el diálogo, además de ser en el alma un rasgo identitario de la divinidad, es meollo de la operación socrática por el cual es posible explicar su interés de ayudar a los demás y su defensa de las leyes a las cuales consideraba como divinas. Ante esto la filósofa española Camps sostiene: “antepone la obediencia a la ley [refiriéndose a Sócrates] a la defensa de sus convicciones [...] porque cree que la autoridad de la ley está por encima de las creencias de cualquier ciudadano” (2013, 32). En esencia, la elección ética que ofrece Sócrates en la obra platónica de la *Apología* se resume en tener por imperativo una atención profunda al cuidado del alma como parte esencial del ser humano y su obediencia acérrima al mandato de la divinidad.

## LISTA DE REFERENCIAS

- Burnet, John. (1990). *Doctrina Socrática del Alma*. En: *Varia Socrática. Primera Edición*. México: Instituto de Investigaciones Filosóficas.
- Camps, Victoria. (2013). *Breve Historia de Ética. Los Sofistas y Sócrates. Primera Edición*. Barcelona: Editorial RBA.
- García Gual, Carlos. (2007). *Vida, Opiniones y Sentencias de Filósofos Ilustres. Sócrates. Segundo Libro*. Madrid: Alianza Editorial S.A.
- Jenofonte. (1993). *Apología de Sócrates*. Introducción y Notas de Juan Zaragoza. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos Gredos S.A.
- Mondolfo, Rodolfo. (1996). *Sócrates. Ciencia, Virtud, la Refutación y el Eudemonismo Socrático*. Buenos Aires: Editorial Eudeba.
- Platón. (1985). *Diálogos I. Apología de Sócrates*. Versión de José Calonge, Emilio Lledó y Carlos García Gual. Madrid: Editorial Gredos S.A.